

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SUPLEMENTO AL NÚM. 727 DE A B C



SE PUBLICA TODOS LOS SABADOS

AÑO II

MADRID. 1.º DE JUNIO DE 1907

NUM. 19



EL ZAPATERITO

CONTINUACIÓN

Guillermo se marchó más contento que nunca. «¡Cuarenta céntimos!, se decía á sí mismo; le daré veinte al maestro, porque no dejará de preguntarme si me han dado propina, y lo demás lo guardaré para Luisita. Se lo lle-

varé cuando tenga que entregar calzado á la señora del castillo.»

Guillermo tuvo que atravesar el pue-
blo para llegar al jardín de X... y á la linda casa donde debía encontrar á la señora del profesor. La puerta



principal estaba cerrada; abrió una puertecita que conducía al jardín, rodeado de un vallado, que se extendía por detrás de los edificios. Allí había otra puerta también cerrada. Guillermo miraba á un lado y á otro, sin ver á nadie que preguntar. La casa, compuesta de un solo piso, tenía ocho ventanas en la fachada principal, y la puerta de entrada se encontraba justamente en el centro. No vió tampoco á nadie en las ventanas. El muro exterior se tapizaba en el estío con plantas que trepaban hasta el tejado. Los troncos, secos y desnudos en esta época, se hundían en la tierra; pero el enrejado, en el que se enredaban otras veces, estaba fijo en la pared. Guillermo lo utilizó como escalera para mirar el interior del cuarto á través de las vidrieras; era un salón de estudio; una niña de unos doce años estaba sentada al piano; su maestro, al lado, debía ir á dar lecciones, pues hojeaba varios cuadernos de música. En una mesa, en medio de la sala, estaba otra niña. Ninguno reparó en el curiosillo; todos estaban de espaldas á las ventanas. En aquel momento se pusieron á estudiar en el piano un trozo á cuatro manos.

—Una, dos, tres, cuatro... No tan de prisa —decía el maestro.—Una, dos, tres, cuatro... Levantad las manos cuando hay pausas indicadas... es un *andante*, eso se toca lentamente... *Fa sostenido*, *fa sostenido*, hay un *sostenido* en la *llave*, puesto que el trozo está en *sol mayor*; ¿no notáis cuando dais una nota falsa? Debe extrañar al oído, me parece... Vamos, una falta en el compás. Bien, ya va mejor. Si no hay más que poner cuidado. Y tú, Angelita, ¿por qué bajas tanto la cabeza—dijo á la otra niña que estaba escribiendo sobre el velador.—No olvides poner letra mayúscula al principio de cada sustantivo (1). Trae el cuaderno... Clara, no dejéis de tocar; estudiad más ese

trozo... Tienes buena letra, Angelita; pero precisamente has empezado un sustantivo con letra minúscula. Eso da muy mala idea. ¡Oh! y ahí, ¿qué palabra es esa? ¿verbo? no; luego es un adjetivo... bien; y ¿por qué le escribes con mayúscula? A ver si pones cuidado, niña; después de un año de lecciones no se permiten tales faltas... ¡Por Dios, Clara, estáis tocando en *mi menor*, en lugar de hacerlo en *sol mayor*! ¡Prestad atención! Acordaos que debéis ejecutar ese trozo delante de vuestro padre el día de su santo. Si ahora lo hacéis así, ¿qué será cuando toquéis con Jorge? Yo os hago guardar el compás, pero él siempre quiere adelantarse, y os ireis por los cerros de Ubeda.

Guillermo estaba mirando con tanto placer, de pie sobre el enrejado, como si estuviera en el teatro. Maestro y discípula continuaron tocando tranquilamente, á la par que Angelita escribiendo. Cerca de la ventana vió una mesa de escritorio abierta y un estante lleno de libros. Encima de la mesa una escribanía; el papel esparcido y una pluma aún con tinta, indicaban que alguien acababa de escribir. Sobre un sofá, en un extremo de la habitación, estaban echadas tres grandes muñecas. Al aperebirlas, Guillermo no pudo contener un grito; había reconocido en los pies de la mayor las botitas rojas bordadas con cinta azul, que echó por la ventana en la casa del Jardín Botánico. En este instante se abrió bruscamente la puerta, y entró un muchacho de unos catorce años, en traje de caza, la escopeta al hombro y el morral á la espalda.

—Clara —exclamó,—he matado seis gorriones. He estado cazando con Antonio detrás del jardín. Los asaremos hoy para la hora de comer.

¡Paf! un travesaño del enrejado se había roto, y Guillermo tuvo que besarse, á pesar suyo, la tierra. Le asustó de tal modo este contratiempo, que se levantó con la rapidez del rayo, y

(1) En alemán todos los sustantivos empiezan con letra mayúscula.



se escapó por la puertecita sin acordarse de entregar las zapatillas; y como si le persiguieran de cerca, se dirigió á casa del maestro. Con su acostumbrada franqueza contó la aventura, llevando con paciencia las injurias y burlas que su maestro le dirigía, poniéndose á trabajar, pesaroso de haber perdido el tiempo en vez de cumplir su encargo.

Al día siguiente el mismo maestro llevó las zapatillas. Guillermo no volvió más por entonces al jardín de X...

La Nochebuena estaba próxima. Hasta entonces Guillermo la había pasado alegremente; pues su buena madre, aunque de escasos recursos, no dejaba de prepararle un árbol de Nochebuena. Es verdad que carecía de gragea y cartuchos de dulces, pero estaba adornado, en cambio, con manzanas y nueces, lapiceros, estampitas y otra porción de bagatelas por el estilo. Sentía un placer inmenso cuando su madre encendía las numerosas bujías que iluminaban el árbol. Esta vez el pobre niño no esperaba nada absolutamente de eso; sin embargo, aguardaba con impaciencia tan agradable noche.

La víspera de Nochebuena llegó por fin, y con este motivo tuvo que repartir varios pares de botas. Esta circunstancia le llenó de júbilo, pues habiendo pensado pedir licencia al maestro para salir por la tarde, le evitaba este trabajo, con la singular ventaja de que la suspensión de la vela, en gracia al día, le hacía dueño absoluto suyo durante algunas horas. Así que apenas se enteró de ello, tomó el calzado y se subió á su cuarto.

Allí tenía una preciosa cajita llena de cerillas que acababa de comprar como provisión necesaria, y una velita; sacó de entre su camastro la rama de un árbol de Nochebuena, que la víspera habían tirado unos niños desde el principal al patio. Ató á la rama un par de zapatitos bordados, de niña, y una muñeca, cuyo cuerpo se compo-

nía de un pie de media relleno de pelote y algodón en rama, recogidos entre las recortaduras de la tienda.

En cuanto á los zapatos, eran de un gusto exquisito. Guillermo conservaba aún de su madre un bolsillo de mano bordado con estambre de colores; con la ayuda del otro aprendiz había cortado del interior para un par de zapatos; su ayudante compró suela, y el forro provenía de una saya vieja de tranela que había usado Guillermo en su tierna infancia; y la cinta de algodón rojo para bordarlos, se la regalaban en la tienda en donde se surtía de materiales su tío. La velita la había pagado con la propina del profesor.

Bajando los escalones de cuatro en cuatro, y con su árbol de Nochebuena escondido, se dirigió adonde debía entregar el calzado. La dueña de la casa estaba preparando en la cocina el convite de Nochebuena. ¡Qué olor tan



delicioso despedían las viandas! Mientras examinaban los zapatos y buscaban el dinero para pagarlos, á Guillermo se le iban los ojos tras de las cacerolas y los pucheros colocados á la lumbre, aspirando con fuerza los vapores que despedían.

Continuará.



LOS QUEHACERES DE SARITA

Que María Purísima! ¡La Virgen nos ampare! ¡Qué barbaridad! Van ustedes á ver si tengo ó no tengo razón para estas exclamaciones. Después de la tarea de vestir por completo al piano, como si se tratase de una joven puesta de largo; después de haber hecho aquel *traje* para quien ni siquiera nos dió las gracias y se le dejó poner completamente indiferente... pues después de eso... ¿á que no aciertan lo que se le ha ocurrido á mi hermana...? ¡Ca...! no hay miedo de que se lo figuren... pues... ¡hacer una habitación entera...! Créanme ustedes; yo soy una niña bastante buena, me parece; pues cuando oí decir esto con la mayor sencillez, casi me dieron intenciones de tirar á la cabeza de mi hermana el bastidor y la caja de guardar sedas y estambres... Luego lo reflexioné mejor, y me arrepentí... ¡Pobrecilla! ¡Debía estar completamente local! ¡Cómo si no iba á ocurrírsela decir que íbamos á hacer entre ella y yo una habitación entera...? Cuando pasó la primera impresión, que confieso fué desagradabilísima y de verdadero terror, la idea no me pareció tan mal, sobre todo, con las explicaciones que me dió mi hermana. Me quedaba la duda, sin embargo, de si después de acceder á esto, me pediría que hiciese una casa completa, porque ¡cuidado que se la ocurren unas cosas!

Me tranquilicé con las seguridades que me dió de que ésta sería la última obra *grande* que haríamos, y que después sólo me encargaría de cosas *pequeñitas*. Yo... confieso que me hice rogar un poquito...

—¡Que nol! ¡Que eso es muy grandel! ¡Sillas, cortinas, butacas! ¡Anda salero! ¡Pues vamos á llegar á viejas sin concluirlo!

—¡Quía, tontina!—decía mi hermanita.—¡Si todo es cuestión de poquísimo tiempo y no mucho trabajo! ¡Si cualquiera de los encajes que has hecho es más pesado y difícil! ¡Ya verás!

—¡Que nol! ¡Hazlo tú, yo nol!—replicaba yo.

—¡Anda!—dijo al fin mi hermana—¡Yo quiero que en todas las habitaciones de mi casita haya algo que me recuerde á mi *pitusa*... á mi nena de aquí...! ¡Anda! ¡Lo acabaremos pronto y te regalaré un devocionario y un rosario!

¡Al fin! Esto es lo que yo andaba buscando; que me ofreciesen alguna cosa... Por supuesto, que esto se lo digo á ustedes en confianza y fiada en su absoluta reserva, de la que tantas pruebas me han dado... Yo no recuerdo que jamás se les haya ocurrido decir nada de lo que les he confiado en secreto.

Una vez conseguido mi objeto, desarrugué el ceño y me hallé dispuesta á *todo*. ¡Digo! ¡Un libro de misa y un rosario nada menos...! Además, debe ser curioso esto de hacer una habitación entera... ¡Ni que fuésemos albañiles!

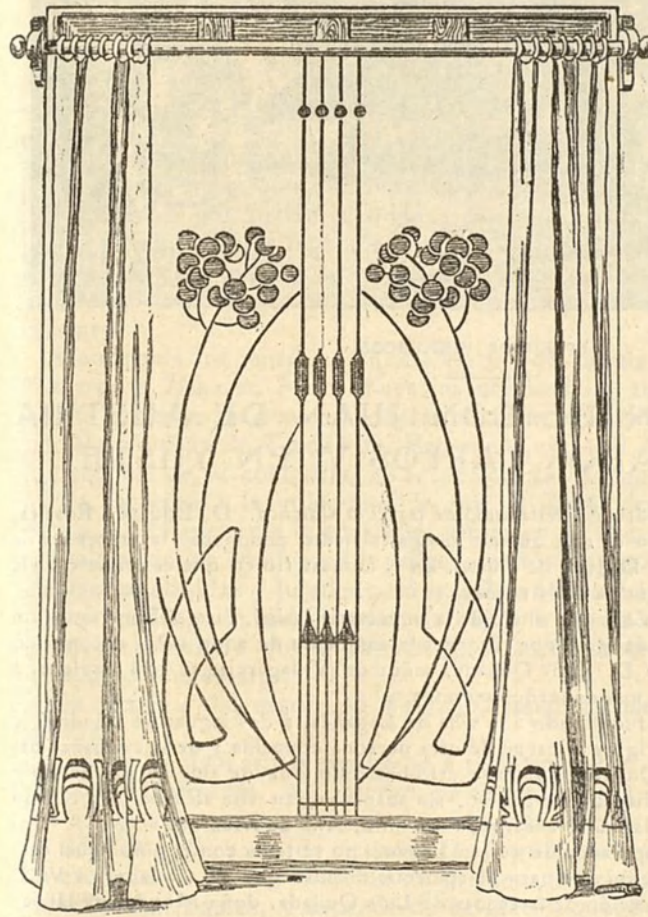
¡Flojito lío se armó en casa! ¡Todas las camas, los sofás y las butacas se llenaron de telas!



Gente Menuda

—¡Canario, hijitas!—decía papá.—¡Para hacer esa famosa habitación vais á comenzar por deshacer las nuestras!

¡Les he dicho á ustedes que iba á ser el tocador de mi hermana? ¡No? Pues se me habrá olvidado. Pues señor, se compraron muchas varas, muchas... muchísimas, de una tela, así... no sé cómo se llama... así como cañamazo menudito, pero gordo... vamos, menuditos los agujeros y gordos los hilos. Se compró raso... raso... ¡anda, si se me ha olvidado el nombre...! raso ¡ah...! raso *tabinete*, de un color así como de rosa *fanée*...



no, no se rían, porque ya sé muchísimo francés. Con este raso se cortaron hojas raras, redondeles, tiritas, pedazos que no se sabe qué forma tienen y que se llaman *modernistas*; y todo esto lo fuimos colocando sobre la tela de agujeritos, que por cierto era de color *crudo*... ¡cómo será el color *cocido* ó *frito*? Estos dibujos se cosían con hilillos metálicos y quedaron preciosísimas las cortinas, las sillas y las butacas. Claro es que todo esto lo había cortado antes, á la medida, un tapicero, y nosotras sólo hicimos el *pegar* los dibujos sobrepuestos. ¡Qué preciosidad! ¡Razón tenía mi hermana! Es una cosa que se hace en muy poco tiempo, que no cuesta trabajo, y que resulta encantadora.

Además, se da una *la mar* de tono, diciendo: «Esta habitación la he hecho yo todita.»

¡Vaya un tocadorcito coquetón que va á tener mi hermanita! ¡Vaya un libro precioso que me ha ofrecido! ¡Y vaya... que ya me voy yo cansando de tanto trabajar!

Me alegraré muchísimo que mis amiguitas de GENTE MENUDA no tengan hermanitas mayores, y si las tienen... ¡que no se casen nunca!

MARIA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO



EPISODIOS HISTÓRICOS

PRESENTACION DE DON JUAN DE AUSTRIA AL EMPERADOR CARLOS V, EN YUSTE

El ilustre autor del cuadro *El testamento de Isabel la Católica*, D. Eduardo Rosales, trasladó al lienzo, con el arte que tan magistralmente dominaba, la entrevista de Carlos V con su hijo D. Juan de Austria en el monasterio en que el primero vivía retirado desde su renuncia de la corona.

Después de algunos años de viudo de la emperatriz Isabel, tuvo el Emperador un hijo, y no queriendo declarar por entonces la condición de aquel niño, encomendó su crianza á su mayordomo D. Luis Quijada, señor de Villagarcía, su leal servidor, á quien confiaba Carlos V sus más delicados secretos.

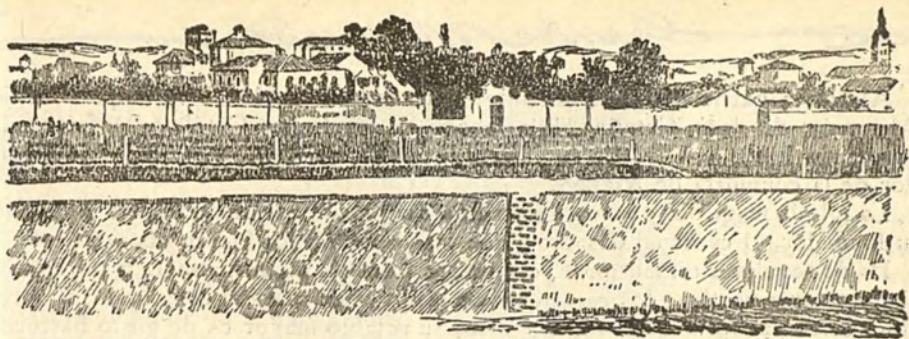
Traído el niño á España, fué llevado á la villa de Leganés, á dos leguas de Madrid, y puesto al cuidado de un clérigo y al cargo de otra persona conocida y de la confianza del Emperador y de D. Luis Quijada, donde se crió haciendo vida de aldea y alternando y jugando con los demás muchachos del pueblo, sin sospechar su alta alcurnia. El clérigo se llamaba Bautista Vela, y la mujer encargada del niño, Ana de Medina.

Informado después el Emperador de que en Leganés no se tenía con el niño aquel cuidado ni se le daba la educación que para él apetecía, dispuso que se trasladara á Villagarcía, al lado y bajo la dirección de la esposa de Luis Quijada, doña Magdalena Ulloa, señora de mucha discreción y virtud, donde el niño alcanzaría una educación más en armonía con su oculto rango y su futuro destino.

Hallábase D. Carlos en el monasterio de Yuste, donde, como es sabido, se retiró al renunciar en su hijo D. Felipe la corona de España, y deseó ver á D. Juan. Este le fué presentado como paje de D. Luis Quijada, y el Emperador, al verle, quedó encantado de la gentileza que el niño demostraba.

No supo D. Juan cuál era su verdadera condición ni entonces ni las otras veces que fué llevado á ver al Emperador, hasta que muerto éste, el rey D. Felipe II dijo un día al humilde pajecillo: «Buen ánimo, niño mío, que sois hijo de un nobilísimo varón. El emperador Carlos V, que en el cielo vive, es mi padre y el vuestro.»

Así supo su origen el que luego había de cubrirse de gloria en la batalla de Lepanto.



VISTA GENERAL DE ALCALA DE HENARES

LAS CIUDADES ESPAÑOLAS. ALCALA

Situada en una llanura, en la orilla derecha del río Henares y en la carretera y línea férrea de Madrid á Zaragoza, está la ciudad de Alcalá, tan famosa por su Universidad y por haber sido cuna del gran Cervantes, príncipe de los ingenios españoles.

Créese que fué la antigua *Complutum* de los romanos, aunque no faltan escritores de nota que sostienen que este nombre latino corresponde á Guadalajara.

Llamáronla los moros *Al-Kala-Nahar*, de donde vino el nombre del río *Nahares* y *Henares*. Nada dicen las crónicas de aquellos tiempos sobre las luchas que entre cristianos é infieles se sostuvieron hasta su conquista definitiva por el arzobispo de Toledo D. Bernardo, en 1118. Confirmado por el Rey en la posesión de su conquista, el arzobispo D. Raimundo, sucesor de D. Bernardo, acrecentó la villa, tendida por el llano, dentro del recinto que hoy ocupa. Los fueros que le concedió, atrajeron en breve multitud de pobladores.

Delegaban los arzobispos la administración de justicia en un juez; los vecinos elegían los alcaldes y jurados para su gobierno municipal, y un alcaide mantenía por el arzobispo la fortaleza que defendió la población en 1195, cuando Aben Jucef, embravecido por la jornada de Alarcos, la acometió y sació su saña en los campos inmediatos.

En tiempos del arzobispo Tenorio, restauráronse sus torres y su hermoso puente.

Los Reyes de Castilla residieron á temporadas en Alcalá, que guarda muchos recuerdos históricos. Allí otorgó su testamento D. Sancho IV, á últimos del año 1224, dejando en tutela al niño Fernando de su varonil esposa doña María de Molina. Allí, saliendo de misa D. Juan I, montó á caballo para presenciar las evoluciones de una cuadrilla de *farfanes*, cristianos aventureros, ejercitados entre los marroquíes, y cayendo de su corcel, quedó muerto del golpe.

En Alcalá se celebraron Cortes en 1348, en las que se dictó el famoso *Ordenamiento de Leyes* y se arbitraron recursos para la conquista de Gibraltar. En esta ciudad recibió D. Enrique III las embajadas de Carlos de Navarra y de Timur Land ó Tamorlán. Allí el arzobispo de Toledo, D. Alonso de Carrillo, que había casado á los Reyes Católicos, cuando se rebeló contra ellos á favor de los portugueses, se hizo fuerte.

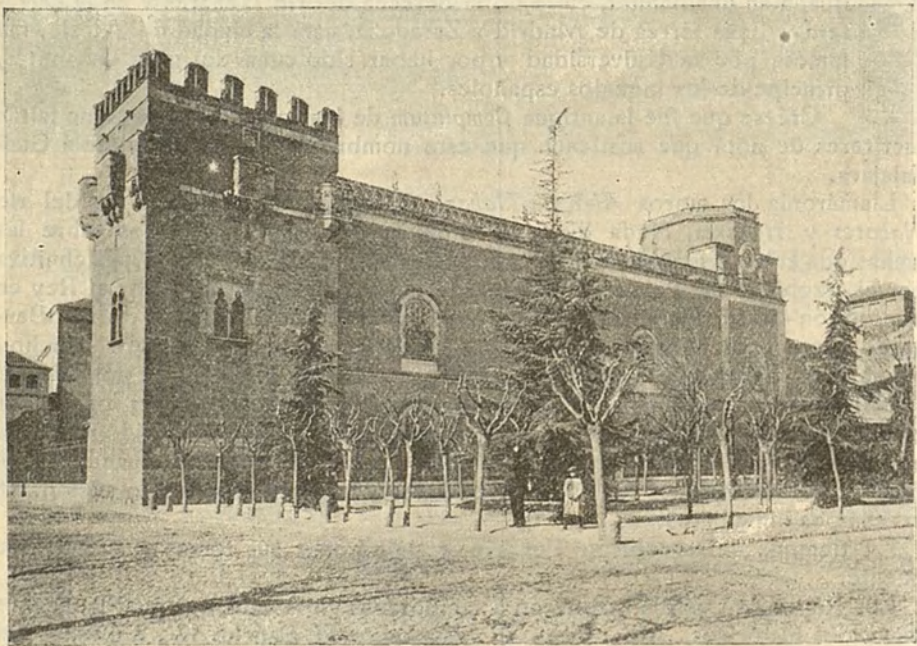
Tomó parte Alcalá en el alzamiento de las Comunidades de Castilla. En el año 1687 obtuvo el título de ciudad. Durante la guerra de la Independencia operó en su término el famoso Empecinado.

Gente Menuda

Alcalá es patria de D. Fernando, hermano de Carlos V y emperador de Alemania; de doña Catalina, hija menor de los Reyes Católicos, infortunada esposa de Enrique VIII de Inglaterra, y de D. Antonio de Solís, el historiador de la conquista de Méjico.

La iglesia magistral obtuvo este título del papa León X por haber dispuesto su fundador, el cardenal Cisneros, que sus prebendados fueran doctores.

Es de regulares dimensiones, con fuerte torre de piedra, rematada por agudo chapitel, que no tiene los caracteres de la época en que fué construída; su interior reviste las formas del estilo gótico; su retablo mayor es de gusto barroco. La verja de la capilla mayor es un interesante y prolijo trabajo de Juan Francés, y las portadas corintias que dan entrada á la cripta tienen esculturas y relieves. En la capilla subterránea se conservan las reliquias de los niños mártires de Alcalá.



EL PALACIO ARZOBISPAL

El templo de Santa María la Mayor tiene tres naves elevadas, ancho crucero con bóveda de arcos entrelazados, alumbrado á los extremos por un ajimez semicircular, y tres ábsides en el fondo. En el central, un retablo de buenas pinturas y un tabernáculo de alguna elegancia. En la capilla llamada del Oidor, restaurada recientemente por el arquitecto Sr. Cabello, fué bautizado Cervantes.

La famosa Universidad, émula de la de Salamanca, ocupó el Colegio Mayor de San Ildefonso, fundado por Cisneros. Presintiendo éste su fin cercano, se apresuró á su construcción y fué hecha de mampostería, con la esperanza de que otros, después de él, la construirían de mármol. En efecto; antes de pasar

treinta años, el rector Juan Turbalán hizo reedificarla desde los cimientos, siguiendo la traza de Rodrigo Gil de Ontañón. Su fachada no es de un orden determinado, sino más bien de una variada combinación de estilos.

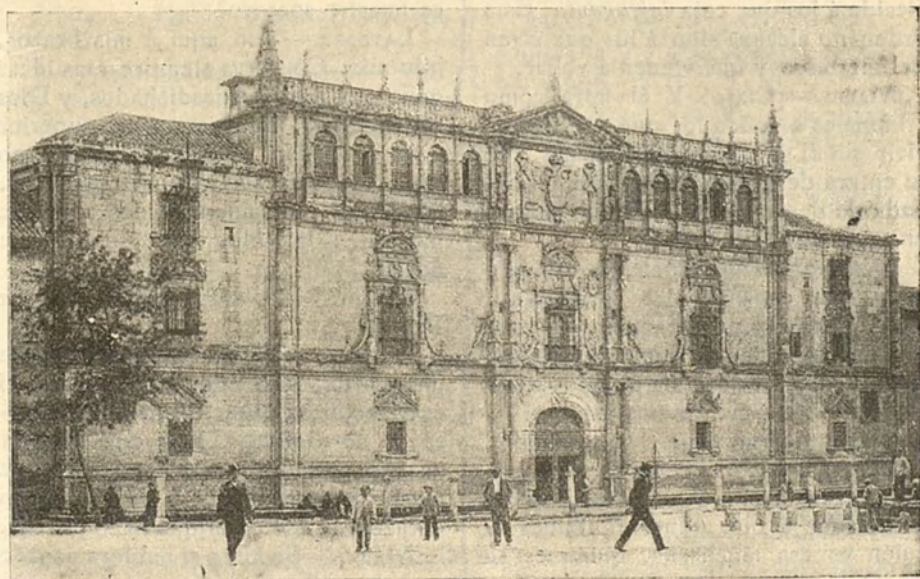
Pasado el vestíbulo se penetra en el primer patio, cercado de claustros, con ocho arcos de 96 columnas dóricas. El segundo patio, llamado de los Filósofos, está también formado por arcos con columnas de orden compuesto; el tercero, llamado Tri-



VISTA DEL CORO
DE LA IGLESIA MAGISTRAL

lingüe, tiene columnas jónicas, y por él se pasa al Paraninfo ó salón de grados. En la capilla estaba el sepulcro de Cisneros, por Dionisio Florentino.

El palacio arzobispal, donde está el Archivo general del Reino, es obra de Berruguete y Covarrubias. Sus patios, claustros y estancias tienen interesantes primores de ornamentación, y merece citarse la sala de Concilios. En este edificio se han practicado importantes obras de restauración.



EL COLEGIO MAYOR DE SAN ILDEFONSO



EL TEATRO DE LOS NIÑOS

LA ESPIGADORA

CONTINUACIÓN

MARIO.—Pero es injusto.

LATORRE.—Tiene poca inteligencia para distinguir con acierto las personas y las circunstancias. Al darle la plaza le he ordenado que eche de la finca los vagabundos, y que lleve ante el alcalde á los que coja *infraganti*. Esta orden no alcanza sino á los que viven del merodeo y que vienen á robar.

MARIO.—¡Claro! Y él mira como criminales á todos los que no pueden vivir sin el socorro de los demás. No se entera de si es la vejez, la enfermedad ó la desgracia lo que les ha puesto en tal estado.

LATORRE.—Muy bien dicho, hijo mío. Me encanta oírte hablar así. Pero ¿sabes tú positivamente si la madre de esa niña no es una persona viciosa y si la chica no ha mentido ni ha cogido efectivamente esas espigas?

MARIO.—¡No, papá... no es posible!

LATORRE.—¿Por qué ha de ser imposible? ¿Has hecho alguna averiguación para saber á qué atenerte? ¿Sabes tú quién es esa muchacha, quién es su madre y por qué han venido aquí?

MARIO.—¡No hay más que verla!

¡No hay más que oírla hablar y verla llorar! Es tan pobre, papá, que necesita recoger un puñado de espigas para tener pan. ¿Cuando encontramos un pobre debemos dejarle que se muera de hambre porque no sabemos si merece nuestro socorro?

LATORRE.—Ven aquí á mis brazos, hijo mío. Conserva siempre esas ideas generosas para los desdichados, y Dios te bendicirá. La clemencia es superior á la severidad. La insensibilidad no suele conducir más que á la injusticia. Si el que pide nuestro socorro no lo merece... la culpa será suya y no nuestra

MARIO.—Sin embargo, ese teroz Pascual.

LATORRE.—Pascual no es más que un guarda, hijo mío, celoso hasta el extremo de su deber. Pero él no resuelve; él no castiga. Tiene que someter el caso al juez, que es un hombre de mucho entendimiento y de muy buen corazón, y ese es el que hace justicia.

MARIO.—Sí, pero si hubiera pegado á esa niña una paliza.

LATORRE.—Ya se guardará. Le



Gente Menuda

tengo prohibido terminantemente que maltrate á nadie y que se tome la justicia por su mano. Pascual es muy obediente á mis órdenes.

MARIO.—¡Ay! Mi hermanita viene ya con la niña. (*Coge la canastilla y sale al encuentro de las niñas.*) Toma, toma. Aquí tienes la canastilla; no le falta ni una espiga siquiera.

MARÍA.—¡Oh, gracias, gracias! (*Reparando en el señor LATORRE.*) ¡Ah! ¿Quién es este señor?

ESCENA VII

LATORRE, MARIO, MARÍA, LUISA

LUISA.—No tengas miedo; es nuestro padre. (*Corriendo á besar al señor LATORRE.*) ¡Papá mío!

MARIO.—Aquí la tienes, papá. Ven, ven. (*A MARÍA.*) Acércate sin miedo; papá es muy bueno.

MARÍA.—(*Se acerca tímidamente y le besa la mano.*) Tiene usted unos niños muy buenos, señor.

LATORRE.—Tiene razón Mario; al verla, predispone en su favor su aspecto fino é inocente.

MARÍA.—Habla solo; ¿estará enfadado?

LATORRE.—(*Que la ha oído.*) No, hija mía, ven; todo lo que mis hijos hayan hecho lo tienes sin duda bien merecido, al parecer.

LUISA.—No sólo al parecer, papá. ¡Si vieras á su madre!

LATORRE.—¿Cómo es que os habéis venido á vivir á este pueblo? ¿De qué vivís?

MARÍA.—¡Ay, Dios mío! Yo no sé de qué, señor. Vivimos de muy poquito, casi de nada. Por el día, y á veces de noche, también cosemos é hilamos para ganar el pan. La pobre Margarita nos da casa, y si no fuera por ella, algunos días no probaríamos gracia de Dios. Hoy había yo salido á espigar, pero me ha resultado muy mal la cosa.

MARIO.—No tan mal como tú crees; Luisita y yo obtendremos de

nuestro padre que te den trigo sin que tengas que espigar.

LATORRE.—Pero no me has dicho por qué os habéis venido á este pueblo

MARÍA.—Porque aquí vivía Margarita, que ofreció á mi madre darle casa de balde.

LATORRE.—¿Margarita? ¿La vieja asistenta? ¡Dios mío! Si los pobres hacen estas caridades, ¿qué no deberemos hacer los ricos? Y tu padre, ¿dónde está?

MARÍA.—Mi padre murió hace años. ¡Yo no le he conocido!

LATORRE.—¿Y no sabes lo que era ni cómo se llamaba?

MARÍA.—Mi mamá le dirá á usted todo mejor que yo.

LATORRE.—¿No podría yo hablar con ella?

LUISA.—Sí, papá, en seguida, porque va á venir aquí. Se estaba arreglando un poco para venir á darte las gracias, y nosotras nos hemos adelantado.

LATORRE.—¿Y es tu mamá quien te ha educado?

MARÍA.—Sí, señor; ella me ha enseñado á leer y á escribir y un poquito de dibujo

LATORRE.—¿De dibujo también? No hay duda de que tu mamá ha recibido una educación distinguida.

LUISA.—Mírala, papá, aquí viene.

ESCENA VIII

LOS MISMOS y la SEÑORA DE VELARDE

MARIO.—¿Es esta señora que llega?

LA SEÑORA DE VELARDE.—Perdone usted, caballero, si me atrevo á venir á su posesión sin tener el gusto de conocerle.

LATORRE.—No hay nada que perdonar.

LA SEÑORA DE VELARDE.—No he podido resistir al deseo de venir á dar á usted las gracias por el concepto que de mi niña ha formado.

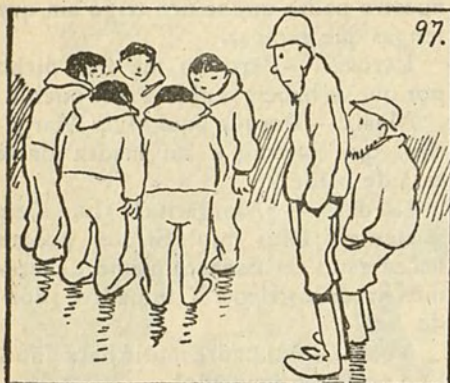
LATORRE.—(*Aparte.*) ¡Qué lenguaje!

Continuará.

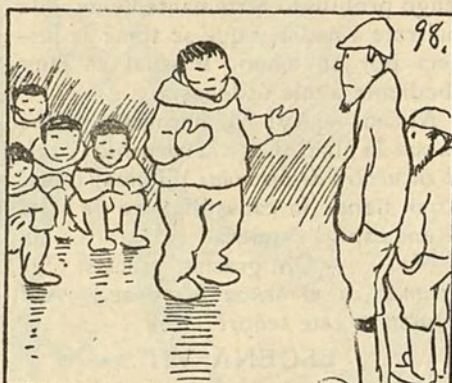


UNA EXCURSION AL POLO

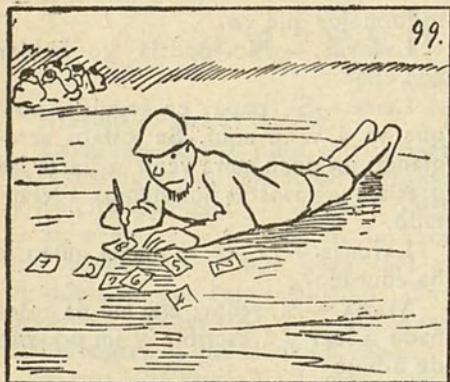
CONTINUACIÓN



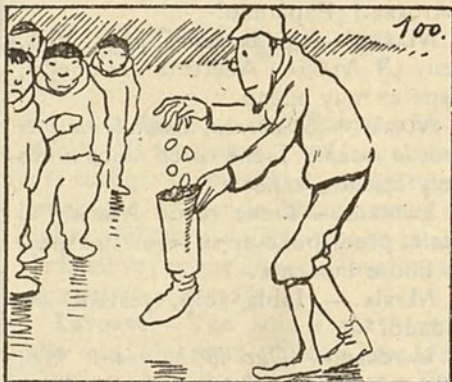
A poco de saltar á tierra los lapones, se reunieron en conciliábulo para deliberar sobre algo grave.



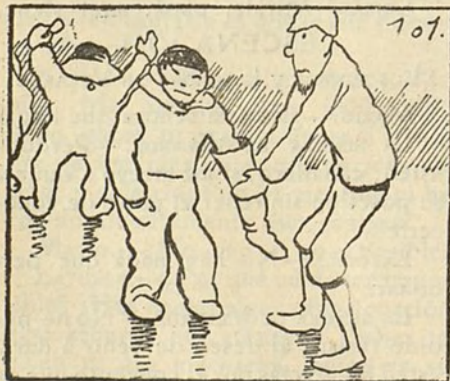
No podía ser más grave la cosa: faltaban los víveres y había que sacrificar á un compañero.



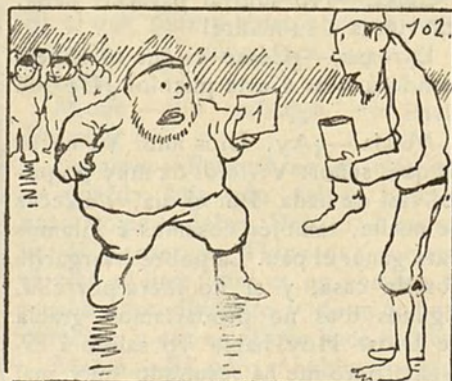
Como esto había de hacerse por sorteo, nuestro amigo Bip se puso á escribir los números.



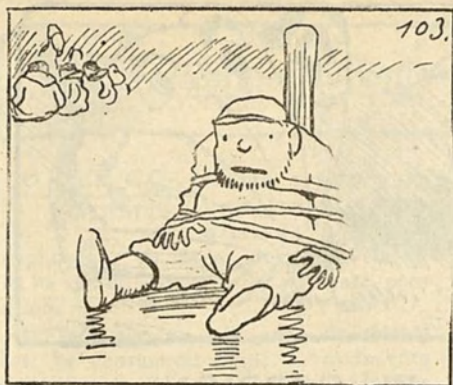
A falta de bombo ó urna para la insaculación, tuvieron que servirse de una de sus botas.



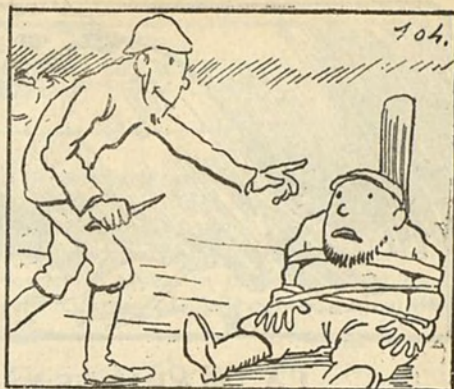
Con la vivísima emoción que se puede suponer, fueron todos sacando sucesivamente su número.



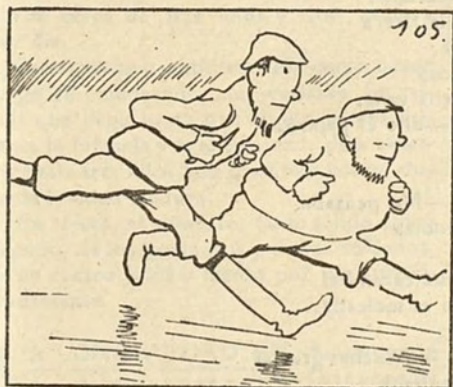
La suerte, que en esta ocasión era desgracia, favoreció con el destino de ser comido al más grueso.



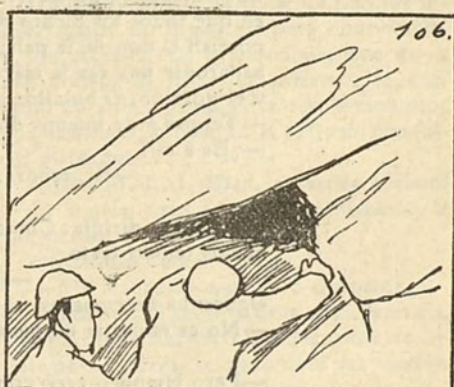
Apresuráronse á asegurar su obediencia al decreto de la suerte, amarrándole fuertemente.



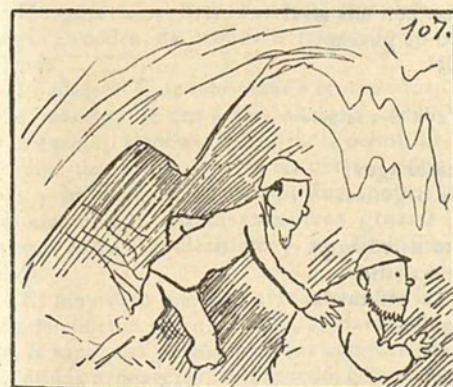
Pero la amistad es un don inapreciable; Bip, en la obscuridad de la noche, vino á salvarle.



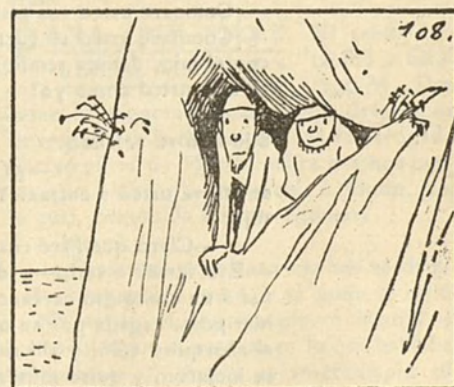
Sin perder un instante, los camaradas se pusieron en precipitada fuga y desaparecieron.



Al ver una cueva en la roca, se dijeron: Esta es la nuestra y, en efecto, se metieron por su abertura.

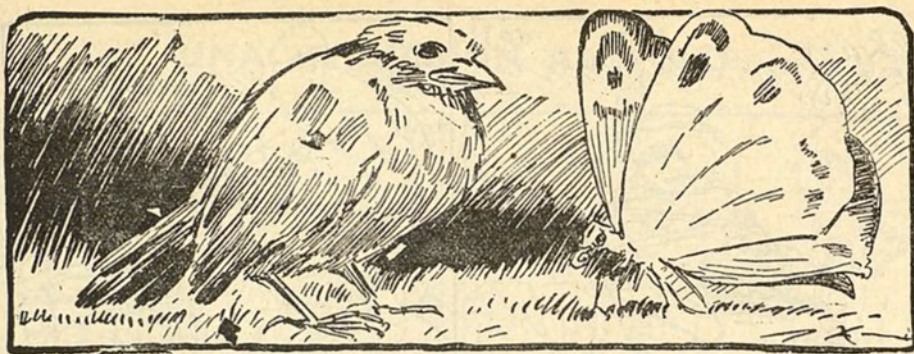


Andando, andando, fueron orientándose en su obscuro seno por la lejana claridad.



Al fin dieron con una abertura; pero, ¡oh dolor! daba á un acantilado cortado á pico sobre el mar.

Continuará.



LA MARIPOSA Y EL GORRIÓN

FÁBULA

Pues señor... va de cuento: allá en los tiempos
que llama el vulgo de Maricastaña,
en que todos los bichos de la tierra
poseían el don de la palabra,
halláronse una vez la mariposa
y el gorrion, él humilde y ella vana.

—Tengas muy buenos días—dijo el pajarito.

—¿Es á mí?

—Sí, señora.

—No pensaba
que á mí se dirigía. Como nunca
hemos tenido trato...

—¿Qué caramba!
alguno ha de empezar, si no es molestia...

—No es molestia ninguna.

—Muchas gracias.

—Pero tampoco creo conveniente
que hable con un gorrion de capa parda
una mariposita de mi clase,
que es, como sabe usted, aristocrática.

—¿De dónde saca usted la fantasía?

—¡Compare usted sus plumas con mis alas!

—¡Compare usted su cuerpo de gusano
con el mío, damita remilgada!

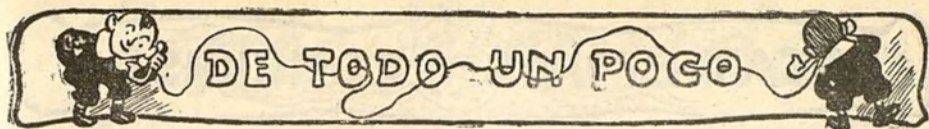
¿Vuela usted como yo?

—Vaya si vuelo—
dijo la otra volando.

—¿Y en el agua,
se atreve usted á entrar? Y la orgullosos
dijo:

—Claro que haré cuanto usted haga.

—Eso vamos á verlo—y dando saltos
fué á un charquito cercano. La enfatuada
mariposa, cegada por su orgullo,
al charquito voló, y allí sus alas
se mojaron, y quiso inútilmente
salir de allí volando, y murió ahogada.
¡La presunción nos mete en muchos charcos,
en los que se deshacen nuestras alas!



LO QUE COMEMOS Como resultado de unos trabajos estadísticos sumamente complicados, un cierto doctor en medicina ha venido á obtener la siguiente conclusión:

Un solo hombre, de edad de setenta años, ha consumido desde su nacimiento más de 20 vagones de alimentos. ¡Un tren completo! Cada vagón tiene cuatro toneladas, lo cual hace un total de 80.000 kilos, que dividido por 25.000 días de existencia, da por resultado un consumo medio de cerca de tres kilos y 200 gramos por día.

Este consumo cotidiano es, como desde luego se comprende, muy variable. Se calcula que llega hasta dos kilos y medio durante la infancia y la ancianidad, para alcanzar hasta tres kilos 500 gramos ó cuatro durante la edad madura.

En efecto, el alimento, tanto sólido como líquido, de los marineros y de los soldados, es de cuatro kilos y medio por día aproximadamente.

LA LONGEVIDAD EN LOS ANIMALES Sin duda será interesante para nuestros jóvenes lectores conocer la duración normal de la vida de los diferentes animales de la creación.

He aquí una lista bastante completa, según el orden de menor á mayor longevidad:

La abeja vive de seis meses á cuatro años; el reyezuelo, de dos á tres años; la ardilla y el conejo, siete años; la liebre, ocho; los tordos, de ocho á catorce; las ovejas, gallinas y palomas, diez; el ruiseñor, quince; los monos y los babuinos mueren generalmente entre los diecisiete y los dieciocho años.

Es muy raro que los perros pasen de los veinte años; el gamo, el lobo, el rinoceronte, la vaca y el pinzón rara vez cumplen las veintidós primaveras; el leopardo, el jaguar, la hiena, la gamuza y el puerco alcanzan alguna vez hasta veinticinco años; el ciervo, el caballo, el asno, el buey y la grulla, treinta; el gavián y el sollo, cuarenta;

el pelicano y el castor, cincuenta; la zorra, el salmón y el tigre, sesenta; el león, la anguila, el cocodrilo y el elefante, un siglo; los cisnes, los loros y los cuervos, doscientos años; en cuanto á la ballena, gana el record de la longevidad con diez siglos.

EL MEDICO HAHNE-MANN He aquí una divertida ané-

dota acerca de Hahnemann, el gran médico considerado como el jefe de los homeópatas.

Un día recibió la visita de un rico lor inglés llegado de Inglaterra para consultarle, y, sin escuchar las explicaciones que de su mal trataba de hacer el enfermo, le examinó durante algunos instantes, le auscultó, y, por último, le puso en la nariz un frasquito, diciéndole:

—¡Respirad...! ¡Bien, ya estáis curado!

El inglés, sorprendido sobremanera, le preguntó:

—¿Cuánto debo?

—Mil franco.—respondió el doctor.

Y entonces el súbdito de la gran Bretaña, con mucha calma, sacó de su bolsillo un billete de 50 libras, le puso ante las narices del doctor y le dijo:

—¡Respirad...! ¡Bien, ya estáis pagado!

Y salió con dignidad de casa del médico.

PARA QUÉ SIRVE SER ACADEMICO El sabio botánico y fisiólogo M. Du-

hamel Dumonceau, poco tiempo después de su entrada en la Academia, fué interrogado por un oficial de Marina sobre muchos puntos que Duhamel no conocía á fondo, por lo cual, respondía á sus preguntas:

—No sé.

—¿Para qué sirve entonces ser académico?—preguntó el joven, y el sabio se calló.

No tardó mucho tiempo en incurrir el joven en algunos errores en lo que hablaba, y entonces el doctor le interrumpió diciéndole:

—¿Sabe usted para lo que sirve ser académico? ¡Pues para no hablar de lo que no se entienel!

PASATIEMPOS Y CONCURSOS

JEROGLIFICO

COMPRESIDMO NUM. 1

1	1	1	1	1	1
2	3	6	5	8	7
1	1	1	1	1	1
9	11	10	15	12	25

CHARADAS CABLEGRAMAS

- 1.^a Agua y nombre de mujer; *todo*, historiador.
- 2.^a Agua, berza y nota; *todo*, mujer rústica.
- 3.^a Agua hermosa; *todo*, población.
- 4.^a Agua y color; *todo*, pescado.
- 5.^a Agua y copo; *todo*, ave.
- 6.^a Agua y caseta; *todo*, flor.
- 7.^a Agua igual en la superficie; *todo*, para mi suegra.
- 8.^a Agua y agua; *todo*, villa.
- 9.^a Agua y vino; *todo*, río.
- 10 Agua y nada; *todo*, es agua.

ROMPECABEZAS

E	l	i	s	a	C	o	r
2	5	1	3	5	2	3	3

Empleando las letras tantas veces como indican los números colocados debajo de ellas, formar una frase hecha.

CHARADAS ROMANAS

- 1.^a Ciento y musical, *primera*; cinco y artículo, *dos*; y el *todo* de la charada es una preciosa flor.
- 2.^a Ciento y vocal, la *primera*; mil y vocal es la *dos*; cincuenta y vocal, *tercera*; *todo*, nombre de varón.

CHARADAS RAPIDAS

1.^a En alguna cosa que no sea larga, colocar en su centro una consonante; *todo*, barco.

2.^a Dentro de una esquila colocar otra consonante; *todo*, útil para el escritorio.

ACERTIJO GEOGRAFICO

Sor María, Sor Teresa.

Hallar el nombre de una población andaluza.

JEROGLIFICO

COMPRESIDMO NUM. 2

S	O	Y
		T
		U

CHARADA

Prima segunda es medida,
cuatro tercera animal,
y es de la charada el *todo*
aparato musical.

SOLUCIONES A LOS PASATIEMPOS DEL NUMERO ANTERIOR

Al jerooglífico comprimido num. 1: Sietemesinos.

A la incógnita hidrográfica: Ter. Daró. Tordera.

Al homónimo: Cepillo.

Al enigma hidrográfico: Riofrío.

Al jerooglífico comprimido num. 2: Desiguales.

A las hijas del mar:

MARTA	MARTINA
MARIA	MARCIANA
MAYINA	MARCELINA
MARCELA	MARGARITA
MARIANA	MARCELIANA

A las charadas: Mandamiento. Varapalo.